

**El *Costa* de Luis Antón del Olmet,
o la interesada biografía al uso periodístico de un *ex datista***

Juan Carlos Ara Torralba
Universidad de Zaragoza

El tránsito de Luis Antón del Olmet y López de la vida como periodista, escritor y dramaturgo, a la periferia más sombría de la fama de nuestros panteones de la literatura se debe sobre todo al acontecimiento trágico de su triste final. Y es que el 2 de marzo de 1923, en el ensayo vespertino de la obra de Antón del Olmet, *El capitán sin alma*, en el teatro Eslava, Alfonso Vidal y Planas, otro escritor oscuro y delirante con el que había colaborado en el estreno de varias piezas, le disparó mortalmente. La razón del asesinato (seguramente celos literarios entre otrora íntimos colaboradores, y recientes traiciones, más que los *asuntos de faldas* que a veces han sido insinuados y novelados... o tal vez ambas cosas a la vez...) es lo de menos; lo de más es que el nombre de Luis Antón del Olmet estará siempre ligado más a asuntos de chismografía literaria que a severos debates de estética o historia de nuestras letras.

Y cosa injusta será, desde luego, porque estos escritores *menores* adquieren un valor precioso al menos como documento para reconstruir la tramoya y las condiciones de vida del literato en el meollo de la bien llamada *edad de plata* de las letras españolas. Si un lector académico, aun simple curioso, de la literatura de principios del siglo XX quiere atender a las condiciones reales de fundación y desarrollo del campo literario español de la época, sin duda debe reparar en el valor ejemplar de individuos como Luis Antón del Olmet, señaladamente en las relaciones del campo literario con los adyacentes del poder político y de la prensa.

Ahí, en esas lindes, se entiende perfectamente la literatura de Olmet, su valor ejemplar y, lo que ahora nos interesa, la génesis y peculiar factura de su biografía de Costa.

Riguroso coterráneo, que no contemporáneo, de Miguel de Unamuno, Luis Antón del Olmet había nacido en el castizo barrio bilbaíno de Abando el 17 de enero de 1886. Su padre, Fernando Antón del Olmet de Lanuza (1828-1894), era un alto oficial del Ministerio de Fomento, en concreto del cuerpo de Aduanas. La infancia de Antón del Olmet discurre por los lugares de destino de su padre (Bilbao, Sevilla y Huelva, entre otras poblaciones). Licenciado en Derecho por la Central de Madrid, acabaría opositando a oficial del mismo ministerio que su padre, el de Hacienda. Como tal sería destinado a La Coruña. Aunque allí hubo de enrolarse en la redacción de *El Noroeste*, ya había hecho sus primeros pinitos periodísticos en *La Época* y *El Mundo*. Fiel a las convicciones políticas conservadoras de su padre (y sin llegar a las extremas de su hermano Fernando Antón del Olmet, marqués de Dosfuentes desde 1910) colaborará en diversos periódicos del arco ideológico católico-conservador, como en el combativo *El Debate* (del que llegaría ser director), órgano de los *jóvenes propagandistas* católicos, o en el *ABC*, donde ejerció de cronista

parlamentario desde la óptica *idoneísta*. En los años inmediatos a su asesinato también colaboraba asiduamente en el *Heraldo de Madrid*.

En las elecciones de marzo de 1914, como premio a su labor de mosquetero conservador, consigue un acta de diputado por Almería militando a las órdenes de Eduardo Dato (de cuyas huestes se separaría en 1917). Para afianzar su lealtad a *la situación* funda justo en ese momento el periódico *El Parlamentario* (y años después su secuela, la *Revista política, parlamentaria y financiera*), papel vocero de los intereses de su Jefe político frente a liberales y mauristas irredentos. Para entonces ya se había casado con Mercedes Aznar, la sobrina del que sería ministro de Marina en el gabinete García Prieto, Juan Bautista Aznar.

Sin esta sucinta relación de los lazos que unían a Luis Antón del Olmet con determinados territorios del poder político no se entiende la ciertamente vulgar y adocenada literatura del bilbaíno. Dejando de lado la típica prehistoria literaria de poemas y cuentos juveniles enviados a revistas de provincias (como la granadina *La Alhambra*), Luis Antón del Olmet alcanzó cierta nombradía como literato en las postrimerías de la primera década del siglo XX, cuando la edificante y católica “Biblioteca Patria” le edita *Como la luna, blanca...* 1909, sale la novela *El encanto de sus manos*, 1910, la colección de cuentos *Hieles, narraciones triviales*, 1910, y señaladamente los libros que decían destripar y analizar los inframundos literarios: *El libro de la vida bohemia*, 1909, *Por qué soy un bohemio*, novelita publicada en la popular *El Cuento Semanal*, 1909, y *Lo que han visto mis ojos*, 1910.

Luis Antón del Olmet desarrolla su literatura en un momento de expansión radical del mercado literario popular. Y dentro de este territorio Antón del Olmet se alza con el cetro de los escritores políticos y chismógrafos, a caballo entre la literatura y el reporterismo sensacionalista. Como novelista del subgénero llamado *de costumbres políticas*, Antón del

Olmet vende muchos ejemplares de *Don Tirso de Guimaraes: novela que describe la vida española en tono de zumba y de sarcasmo* (1912), *El 98, novela extraordinaria* (1922), *Aquelarre (Narraciones íntimas y novelescas)* (1915), textos en los que manifiesta una fácil visión de la política como campo propicio para pícaros y bullebulles, senda que seguirá al poco el ídolo literario de los católico-conservadores Ricardo León en *Los Centauros* (1913). Dentro de esos parámetros edita los reportajes “históricos” *El veneno de la víbora: escenas un poco novelescas y un tanto románticas en las que se refiere la vida heroica de un triste caballero ejemplar* (1910), y *Espejo de los humildes: Historias de asesinos, tahúres, daifas, borrachos, neuróticas y poetas, zurcidas para estímulo de probos y castigo de bellacos* (1913), continuada por *Corazón de Leona: Historias de Inquisición y brujería, de místicas leyendas, de pícaros y de soldados* (1914).

En tanto que periodista *amarillo*, Luis Antón del Olmet edita *Su señoría: Libro parlamentario* (1911), *Tierra de promisión (Catecismo de la raza)* (1913), *Política de fandango y gobierno de castañuelas* (1914), *Al correr de la política* (1914), *Aula española: escenas de la vida pedagógica nacional, escrita para escarmiento de malos estudiantes y beneficio de aplicados* (1915), *La Prensa y la Policía: juicios críticos* (1915), *Los bocheros (La propaganda teutona en España)* (1916), *La figura de Ortuño: tríptico de la vida nacional* (1915), *Gobernación, Sánchez Mínguez* (1915), *La horrenda política: Los idóneos. Recuerdos de un exsecretario político. Intimidaciones del partido llamado conservador* (1917), *Otra España* (1917), y *Maura es obra mía (España en pie)* (1919).

Con esta ejecutoria (de la que dejamos sin inventariar un buen puñado de títulos, para no cansar al lector), un poco canalla y un mucho sensacionalista, se entiende que en los últimos años de su vida Luis Antón del Olmet tentara suerte en otro de los campos literarios *industrializados*, el

teatro, sobre todo al comprobarse que por su interesada *indiscreción*, el bilbaíno era mal *compañero de viaje* incluso para los idóneos, que ya era decir. Allí colaborará, entre otros, con Alfonso Vidal y Planas —en *El señorito Ladislao* (1922)—, y en el ensayo de una de sus obras, según sabemos, encontraría la muerte. Antes de la póstuma *¡Responsables!* ya había estrenado, por ejemplo, *El sembrador* (1918), *Vida Nueva* (1921), *No es lo mismo* (1921) o *Mala madre* (1922).

Lo que ahora nos importa, sin embargo, es la labor de Luis Antón del Olmet como creador de la exitosa serie biográfica *Los grandes españoles*, entregas donde aparecería la de Joaquín Costa. Con lo hasta aquí apuntado, el lector puede ir deduciendo que *Los grandes españoles* debe mucho a la industrialización del libro, a la mejora de las condiciones técnicas y de distribución de la prensa y, ante todo, a la ampliación de un mercado lector abierto cada vez más a los gustos y afinidades de lo que se entenderá al poco como *sociedad de masas*. La profesionalización del literato en los inicios del siglo XX corre pareja, en muchos casos, con la subordinación a los dictados del nuevo *mecenas* periodístico, con sus servilismos políticos, la frecuentación de los *fondos de reptiles*, las campañas de infamación o de *bombo* de determinados personajes... En los géneros literarios periodísticos va ganando peso la *interview*, el reportaje ágil, la crónica de las intimidades de los personajes famosos, etc. La prensa entra en las casas de políticos y celebridades, trípode y cámara fotográfica en mano, dispuesta a desentrañar aspectos chismográficos de las celebridades. Es la edad de oro de revistas como *La Esfera* y su cohorte de reporteros. En las avanzadas Gran Bretaña y Estados Unidos de Norteamérica tal cambio ya se había producido años antes. En lo que atañe a la biografía, el caduco modo de las hagiografías de santos, héroes y poetas da paso a la moderna biografía de las celebridades sustentadas en la frecuentación de las revistas *ilustradas*, primero, con fotografías después. La moderna biografía, industrializada y popular, se

haría un hueco en el mercado español en la segunda década del siglo XX al lado de las colecciones de quiosco (producciones seriadas de novela corta, teatro, biografías, sucesos, cancioneros, cine...) y la literatura política *del día*. En ambos espacios Luis Antón del Olmet había demostrado su pericia a la altura de 1917, y es que el minoritario y débil campo literario español del 1898 se agranda en los años sucesivos con diferentes *promociones* de escritores procedentes de las covachuelas periodísticas y de las variopintas tertulias, lugares donde se expendía metafóricamente el singular *carne* de escritor. En estos tiempos de cambio nace la colección de “Personajes Ilustres” publicada por la editorial de la revista *La España Moderna* en el tránsito entre el siglo XIX y el XX. Eran libritos baratos, de entre 50 y 100 páginas de extensión, bien traducciones de autores extranjeros (Paul Bourget sobre Taine, L. Passarge sobre Ibsen, T. Gautier sobre Heine, Gladstone sobre Lord Macaulay...), bien originales españoles (Emilia Pardo Bazán sobre Alarcón, Campoamor o Coloma, Jacinto Octavio Picón sobre Ayala, Marcelino Menéndez Pelayo sobre Núñez de Arce o Martínez de la Rosa...). Significó esta empresa un primer intento por popularizar el género de la biografía, mayoritariamente focalizado todavía, según puede comprobar el lector, en la relación de méritos de artistas y literatos.

De 1903 data otra colección, la de “Celebidades españolas contemporáneas”. Se tiró en los talleres editoriales de Fernando Fé y decía promocionarse como “Colección de estudios crítico-biográficos de los españoles que más se distinguen en la Literatura, Ciencias, Bellas Artes, Política, etc.”. Hay, en esta colección, dos novedades llamativas: la primera el carácter nacionalista excluyente (*los españoles*); la segunda, la entrada de biografías sobre políticos. En realidad, sólo se editó una de políticos, en concreto la dedicada a Nicolás Salmerón (obra de Urbano González Serrano), porque el resto persistió en la senda de las biografías de literatos

(Antonio Sánchez Pérez sobre Campoamor, Antonio de Valbuena sobre José Zorrilla, Andrés Ruiz Cobos sobre *El doctor Thebussem...*).

Entre estos *primitivos* de la moderna biografía (a los que habría que sumar la colección de “Celebridades Españolas y Sudamericanas” editadas por Mundo Latino entre 1915 y 1917, y las “Vidas de Grandes Hombres” de Seix Barral y Hermanos a partir de 1914, de indudable éxito popular) y la eclosión y asentamiento del género a partir de los años veinte se sitúa la empresa de Luis Antón del Olmet y el heraldista y genealogista Arturo García Carraffa, *Los grandes españoles*, serie editorial salida de los talleres de la revista *Alrededor del Mundo*, en ocasiones, y en otras de los de Juan Pueyo, que se publica entre 1912 y 1922. Ahora los biografiados son netamente *españoles* y no tenían por qué haber destacado necesariamente en las artes. Así, entre aquellos 1912 y 1922 se sucedieron las biografías — y sólo cito aquellas en las que intervino directamente Antón del Olmet— de *Galdós* (1912), *Echegaray* (1912), *Maura* (1913), *Moret* (1913), *Canalejas* (1913, pero en 1916 una segunda edición muy aumentada), *Menéndez Pelayo* (1913), *Alfonso XIII* (1913-4, dos tomos), *El General Marina* (1916), *Palacio Valdés* (1919; con José de Torres Bernal), *Ramón y Cajal* (1918; de Antón del Olmet y José de Torres Bernal), *María Guerrero* (1920: con José de Torres Bernal), *Romanones* (1922; con José de Torres Bernal)... y *Costa*, claro es, con el ordinal X, ubicado entre *El General Marina* y *Palacio Valdés*.

La biografía de Costa, publicada en las postrimerías de 1917, había de seguir al pie de la letra los propósitos de Antón del Olmet recogidos en el prólogo al primer volumen de la colección, el dedicado a Benito Pérez Galdós (nótese a los efectos del impacto en el lector contemporáneo: Galdós era un *ilustre* vivo en aquellas sazones, como varios de los biografiados de la serie); y entre ellos no era el menor el de procurar “describir al insigne biografiado con toda su verdad, con sus detalles más

nimios”. Es decir, que la biografía tenía que ser *interesante* en tanto que atractiva para el nuevo lector ávido de interviús o chismes. Y en verdad que satisfacerían al lector bastantes de las páginas de la biografía de Galdós, realmente entrevistas transplantadas al libro, las de Romanones, libro en cuyo subtítulo leemos que “resume la *vida interesante*” del político liberal, o las de Moret, cuya vida “fue todo *elegancia*”; y qué decir de la biografía de la Guerrero, ídolo de multitudes, o de los untuosos y cursis tomos dedicados a Alfonso XIII...

Cuando Olmet pudo tener en sus manos la copia de las *Memorias ...En este valle de lágrimas* transcrita por Tomás Costa a partir del original manuscrito de Joaquín (1864-1878), suponemos que se le iluminaría la cara con una presa tan fácil de editar en la colección. Costa era —por las apropiaciones de todos los partidos, las cuestiones acerca del proyectado mausoleo, la todavía reciente muerte, las disputas entre germanófilos y aliadófilos...— todavía muy *popular* y por lo tanto muy vendible a la altura de 1917. Por su parte, Tomás Costa podría supervisar una edición que tendría más tirada y alcance que una hipotética nacida en su “Biblioteca Costa”.

Ambos, Antón del Olmet y Tomás Costa, salían ganando. Especialmente el bilbaíno, puesto que con la copia de las *Memorias*, y la ayuda —reconocida en el libro— de su hermano Fernando (1872-1955), marqués de Dosfuentes (un iluminado *iberista*, por demás), podía sacar al mercado la obra en su formato popular de bolsillo en apenas pocos meses.

Los efectos de esta gestación improvisada se notan en el libro, taracea de las *Memorias* y poco más aparte del estilo periodístico —en el peor sentido de la palabra— que gasta Antón del Olmet. A los errores y censuras de Tomás Costa sobre el texto de su hermano se sumaron los de Antón del Olmet, separado por entonces de la familia datista pero no

exento, en absoluto, de continuos coqueteos con otras facciones conservadoras.

Si examinamos de cerca la factura del libro y cotejamos con cierto detalle lo que él ofrece de las *Memorias* de Costa con lo que realmente escribió el autor de *Oligarquía y caciquismo* veremos *interesadas* lagunas y no menos reveladores silencios. De hecho, ya en el capítulo primero, donde se habla del Altoaragón, se exponen delirantes interpretaciones raciales de Fernando Antón del Olmet (el fundador del Partido Nacionalista Ibérico en 1915 es el autor de este texto, con casi total seguridad), en la estela de su recién editado *Himnos iberos. Los orígenes de la raza y del idioma* (1915). Entre otras supercherías (muy de época, todo hay que decirlo), podemos leer que el “color [de Costa] era blanco y sonrosado, propio de los iberos antiguos; los cabellos y la barba, pobladísimos, a estilo celtíbero”.

En el capítulo II se dice que Joaquín Costa Larrégola era oriundo de Benabarre, cuando lo era de Benavente; en el V, que Costa había ido a Huesca para ponerse al servicio de Hilarión Rubio como cochero, cuando en realidad fue por si obtenía empleo en la fábrica de jabones que Rubio y otros socios pensaban instalar en Huesca. Ciertamente, a Olmet le interesa más incidir una y otra vez en el Costa obligado a trabajar en oficios mecánicos, eludiendo toda palabra a las ayudas en el dibujo y planteo de croquis para las obras de Rubio. Cuando Olmet reproduce de las *Memorias* de Costa una conversación entre el profesor del Instituto de Huesca Serafín Casas y los alumnos Feliú y Castán, omite voluntariamente el apellido del notable físico y vocero carlista Bartolomé Feliú, tal vez porque ya en el prólogo el otro Olmet había descalificado a los carlistas al hablar de José Salamero (ha de saberse que Fernando Antón anduvo durante años en polémicas con Vázquez de Mella). Poco después, sin embargo, no tiene empacho en citarlo; pero sí omite las ayudas de Mariano Carderera y, sobre

todo, de Manuel Camo, para que Costa consiguiese una de las pensiones para asistir como oficial a la Exposición Universal de París de 1867. Luego sí los cita, pero *a posteriori* de la concesión de la beca.

En punto al resumen de los días pasados en la Exposición de París, Olmet no censura algunas de las críticas de Costa contra el caciquismo innoble de bastantes de los comisionados españoles, pero sí omite una de las principales, tal vez porque en ella andaba involucrado el vicecomisario regio Ignacio Fernández de Henestrosa y Santisteban, séptimo conde de Moriana y marqués de Cilleruelo. Al poco, cuando Costa menciona al objeto de sus amores en aquel año de 1867, la gradense Pilar Puerta, criada de los Rubio en Huesca, Olmet la convierte, no se sabe por qué razón, en una rica doncella “que amaba a Costa, sintiendo en su corazón de mujer toda la grandeza suprema de aquel hombre. También sabemos que se conocieron en Huesca, donde ella vivía, y que aquellos amores no prosperaron por haberse opuesto tenazmente los padres de Pilar a que tuviese por novio a un hombre de escasa fortuna”. Ciertamente, aquí movía la pluma el Antón del Olmet de *El Cuento Semanal* o de cualquier otra de las colecciones de novela de quiosco aficionadas al melodrama.

Al poco sobreviene uno de los principales escamoteos del libro de Olmet. Este dice, en el capítulo X, que Costa regresa a España desde París y se halla instalado en Madrid. Reanuda sus transcripciones de las *Memorias*, nada menos que ¡el 4 de marzo de 1870! Casi dos años birlados al lector curioso: no se habla de las primeras rebeldías de Costa frente a Hilarión Rubio y sus amigos facciosos, ni de los meses transcurridos en Barbastro con el fracaso de la llamada *Sociedad Extractora* de la cual Costa era accionista y director nominal, no se habla ni del trabajo como profesor en el colegio privado de Santa Isabel (conseguido a través de José Salamero)... y he aquí tal vez el *quid* de la omisión, no se habla del alborozo con el que Costa recibe la revolución de septiembre de 1868...

Por supuesto, ni una palabra de cuando Costa traba conocimiento, a través de Rubio, con Teodoro Bergnes de las Casas y su joven esposa Isabel Palacín, al paso de los años, muerto Bergnes (1875), madre de su hija Antígone Pilar (1883)... ¿Era esta otra razón para no mencionar nada, absolutamente nada, de estos dos años cruciales en la vida de Costa, que incluyen, además, sus primeras tentativas de suicidio y de reclusión en la tranquilidad de un convento? Es muy posible, pero en este caso la razón no sería tanto política como de discreción familiar.

Retoma, pues, a su modo Olmet las *Memorias* de Costa. Y a su modo es reconvertir el remordimiento por tentar el suicidio en una *pía* visita al confesor de San Luis. Para Olmet, este pasaje es “de supremo interés”. Lo hubiera sido de hablar del verdadero motivo por el que Costa visita el confesionario, pero descontextualizar tal visita hacía gran favor a la imagen de un Costa ni tan ateo ni tan sotanófobo.

Y lo mismo respecto del asunto de Isabel Palacín. Olmet no tiene más remedio que hablar de Chapinería y del hogar de los Bergnes de las Casas; pero Isabel (*Elisa* para el joven Costa) no se menciona; sólo dice que a Costa le rodea en Chapinería “una bella atmósfera”... “de ciencia”. Cuando al fin decide mencionar a Isabel Palacín y los episodios de celos de su marido Teodoro Bergnes de las Casas, Olmet recurre de nuevo a su inventiva para terminar de liar el asunto mediante una manifestación de *excusatio non petita* que se hubiera resuelto más fácilmente de haber sido fiel al texto manuscrito original de Costa: “Habla [Costa] luego que los esposos se reconciliaron pronto, pues no había motivo para que pudieran estar enojados el uno con el otro, siendo un matrimonio dichoso, cuya felicidad envidia”.

Las imprecisiones en el libro de Olmet son continuas, fruto las más de las veces de la urgencia periodística y de cierta dejadez proverbial. En la transcripción de los apellidos de los personajes citados por Costa en sus

Memorias Olmet se muestra especialmente terne en la impropiedad. Pero no sólo en las transcripciones, como llamar Espí a Ramón Espín, sino en las adjudicaciones libérrimas de adjetivos calificadores, como cuando llama “antiguos amigos” a Bances, Hevia y González, Álvarez Arrarás, Avellanal o Ramírez Arellano, cuando en realidad eran “antiguos alumnos” del Colegio Internacional Hispanoamericano de Santa Isabel.

En ocasiones los errores son todavía más de bulto, como cuando en el Capítulo XII habla Olmet de una carta escrita “a D. José Bergnes”, siendo que en el original se dice que Costa deja escrita “una carta a don José”, sin más; y ese don José no es otro que José Salamero, su tío. José Bergnes de las Casas, hasta donde alcanzo, no existía (a lo menos en el círculo de Costa). A Olmet no le importan estos detalles, y prácticamente el capítulo XII es continua transcripción de las *Memorias* costistas, sin apenas acotación de Olmet, para despiste del lector que no llega a saber quién escribe qué. Sólo al final del capítulo el estilo melodramático y folletinesco de Antón del Olmet aparece para dar fe de la vida miserable, y por ende *interesante*, del joven Joaquín Costa: “Se ve a un atlante luchando con la miseria y el infortunio a brazo partido. Se ve cómo vase templando el alma gigantesca de Costa en la dura ley de la vida”...

Por el camino se ha dejado Olmet la lectura, por parte de Costa, del opúsculo herético *acerca de ciertas revelaciones que anuncian la Obra de la misericordia*, cuyas ideas habían sido condenadas por Gregorio XVI en 1843, lo mismo que excomulgado su difusor el ocultista Pierre Vintras, o cómo Costa frecuentaba los ambientes protestantes de Tristán Medina, y los republicanos del oscense Francisco García López. Eso sí, cuando llega el momento del advenimiento de la República, a Olmet le falta tiempo para transcribir las profecías de Costa acerca de la escasa vida que auguraba al nuevo régimen, escritas el 29 de junio de 1873. Del mismo modo, Olmet se cuida de nombrar la enorme simpatía que por muchos de los republicanos

sentía Costa. En este sentido, resulta sangrante la escasa, casi nula mención de Francisco Giner de los Ríos, cuando Costa lo suele citar en sus *Memorias* con asiduidad. Un *idóneo* como Olmet no podía sustraerse a la común demonización que de los institucionistas hicieron la mayoría de los conservadores.

En similar sentido, Olmet calla las acres disensiones que comenzaban a manifestarse entre el krauso-racionalista Joaquín Costa y su tío el presbítero ultramontano José Salamero. Cuando no tiene otro remedio que pasar por ellas como de puntillas, omite el nombre del tío. Así, cuando el 27 de diciembre de 1874 Costa habla de la carta que le escribe a Salamero señalando que “hemos llegado casi a la situación [de ruptura] de Rubio”, para Olmet estas confidencias son “hablando de un íntimo suyo”: sin más. Resulta sangrante esta censura cuando al principio de la biografía Olmet ha tratado, con cierta ecuanimidad, el asunto de las relaciones y tutela de Salamero sobre Costa. Pasajes como éste hubieran demostrado la independencia laica y racionalista de Costa. Pero eso a Olmet no le *interesaba*, y por tanto trasladaba ese *desinterés* al público lector.

Respecto de las oposiciones y premios a los que Costa concurre o pretende concurrir en 1874 y 1875, tampoco Olmet se entera de mucho de lo que cree leer en la transcripción de Tomás Costa. Así, al hablar de la impaciencia con la que Costa espera la convocatoria de oposiciones a fines de 1874 (oposiciones a profesor de universidad), Olmet tranquilamente escribe: “D. Joaquín se refiere indudablemente a las oposiciones al Notariado”. Ahí quedaba eso.

Otra reveladora manipulación de Olmet sucede cuando Costa relata su peculiar visión de la entrada y posterior proclamación de Alfonso XII como rey de España. Olmet es absolutamente fiel a las anotaciones de Costa de ese 14 de enero de 1875, excepto cuando en un inglés

macarrónico —idioma que andaba aprendiendo— Costa declara sus ideales dictatoriales:

I only wish und prevoir, und aspire & like for one as that, I work for having one better, und greater, and more spontaneous, und reasonable, und motivada und permanent! I like be Dictator, Portugal, Sahara, Canals, etc.! And I have no means, and cependent, to-day, I have more spes than never! To-day more than ever!

Este párrafo, como puede adivinar el lector, no aparece en la biografía de Luis Antón del Olmet. Tampoco *interesaba* mostrar a este redivivo Cromwell español, por lo menos a los lectores agrario-conservadores. Al cabo, pensará más de uno, Olmet hubo de morir apenas seis meses antes del golpe de Primo de Rivera; tal vez entonces a más de un upetista en germen le hubiera agradado el pasaje, debidamente adornado.

Hay otras lecturas, suponemos erróneas, más graciosas, como convertir el ordinal VII de Fernando VII en “Fernando *el Vil*”; de más gravedad es la omisión de la existencia de la *prima y wife* del canónigo Modesto de Lara con la que Costa pudo tener una relación más allá de la “maternal”. Sí aparece la crisis religiosa de Modesto de Lara, pero no la parte que Fermina Moreno de Lara tuvo en ella. Para mayor abundamiento, Olmet habla de la tal *F.* como si tal cosa, como si de un amorío sin más se tratase, obviando la relación de Fermina Moreno con el clérigo, a la sazón deán de Jaca. En la página 115 el lector sí puede vislumbrar la relación entre *F.* y don Modesto, pero como en el caso de Teodoro Bergnes e Isabel Palacín, Olmet, en lugar de despejar elegantemente el equívoco, lo alimenta, pues dice que Fermina ha de retornar a “E.”, cuando en las *Memorias* de Costa puede leerse claramente “Elche”. ¿De nuevo Tomás le aconsejaría discreción porque todavía vivían en la ciudad levantina los hijos de Fermina? Seguramente; sea como fuere, Olmet no tiene empacho en tildar a *F.* de “novia” de Costa en la página 117. Pudor, discreción,

cicatería periodística y mojigatería unidas en un juego de omisiones e insinuaciones, de decir, callar, decir a medias y no decir.

No dice nada Olmet, tampoco, del cruel ajuste de cuentas que Costa realiza en agosto de 1875 con José Salamero y su círculo de amistades y familiares santurrones en Madrid. Costa saca a la luz en sus *Memorias* muchos trapos sucios del joven Salamero y truculentas historias de determinados familiares (de ambos, al cabo) en Madrid, que incluyen la muerte de una mujer que tenía un hijo con su primo Félix y tras quedarse embarazada de otro muere pobre y desasistida (a pesar de haber suplicado ayuda al pío Salamero) en un hospital de Madrid. Quizá lo más sorprendente es el recuerdo de cómo la madre de Salamero, Antonia Martínez Barrabés, había sido encarcelada en Huesca y 1863 por *endemoniada*. De esto no aparece nada en la biografía de Olmet.

En cuanto al espinoso asunto del proceso de amores (precioso documento de lo que era un *cortejo* en la sociedad burguesa del último tercio del siglo XIX) con Concepción Casas Soler, Olmet cree solventarlo utilizando sólo las iniciales de la amada, C. C., transcribiendo un par de cartas y pasando por encima de los verdaderos motivos del fracaso de aquel *proceso*. Por lo pronto nada comenta Olmet del fugaz, pero real, intento de Costa por casarse con su prima (todavía menor de edad) gradense Salvadora Castán. Ni, claro, de los meses en que el corazón de Costa confesaba estar “entre C. y C.” (léase: entre Castán y Casas). Una de las razones poderosas por las que Costa fracasó en su pretensión de casar con Conchita Casas fue porque mal se avenía un republicano propagandista de la Institución Libre de Enseñanza con la hija del carlista (y viejo profesor de Costa en el Instituto oscense) Serafín Casas y Abad y de la muy católica Leonisa Soler (amén de sobrina del canónigo Bruno Casas). Tampoco un rival de Costa en las pretensiones, Lucas Mallada, conseguiría la mano de Conchita (esta rivalidad explicaría la escasa, por no decir nula, relación de

Costa con Mallada en años posteriores). Olmet salva los escollos del pudor y la discreción con este párrafo final, digno de las mejores revistas de sociedad de la época: “Sabemos acerca de esta virtuosa señora que casó muchos años después y que ha muerto ya, dejando viudo y un hijo. Pertenece a una familia honradísima y fue un dechado de señoras”. En verdad Conchita Casas moriría en abril de 1893, en Puerto Rico, víctima de fiebres puerperales.

En 1878 termina el texto de las *Memorias* de Joaquín Costa. Olmet lamenta su final por lo que aquellas allanaban la escritura fácil y premiosa de la biografía. El resultado es que Olmet habrá de proseguir el libro de una manera caótica, a saltos. Porque el Costa posterior a 1878, el “Costa, maduro y triunfador, ya no es interesante desde el punto de vista exterior y cotidiano”, afirma Olmet. Sabedor de la pérdida *de interés*, Olmet pide “benevolencia [para] este pobre intento” de terminar decentemente el libro.

Y en verdad que es pobre la taracea de temas y su disposición en lo que queda del libro. Principia esta segunda parte nada menos que con la actitud de Costa ante el caso Ferrer, dando un salto de 31 años desde el lejano 1878, año del fin de los amoríos con Conchita Casas. Que Olmet recoja un par de anécdotas con Darío Pérez es simplemente para mostrar su antipatía (la de Costa y la de Olmet) por Maura. Le sucede el capítulo XXII, apenas un expolición de la hoja de servicios de Costa adjunta a la solicitud para la provisión de Notarías de Madrid, de 1894. El siguiente capítulo contiene una relación (plagada de errores e impropiedades que sólo Cheyne habrá de subsanar cincuenta años después) de obras editadas en vida de Costa, a la que Olmet añade la lista de las editadas por Tomás en la “Biblioteca Costa”. El título del capítulo XXIV no engaña: “Trozos selectos de sus libros”, ni tampoco los siguientes, que consisten en el hábito, por desgracia continuado desde aquel 1917, de hablar de las diferentes facetas académicas de Costa sin apenas encontrar un hilo

conductor común y sí sazonado de citas de periódicos y facecias más o menos regocijadas acerca del *León de Graus*: “El alma de Costa”, “Costa, pedagogo”, “Costa, africanista”, “Costa historiador” (donde se ve claramente la mano de Fernando Antón del Olmet, entusiasmado por los estudios *ibéricos*), “Costa jurisconsulto” (escrito también bajo la tutela y consejo del marqués de Dosfuentes), “Costa, político teórico”, “Costa, político militante”..., así hasta llenar el resto de páginas del libro mayoritariamente con la transcripción íntegra o parcial de artículos periodísticos y discursos de y sobre Costa.

A zurcidos, torpe, llega el libro a su final. Sólo aislados comentarios de Fernando Antón del Olmet (a él se deben todos los excursos y comentarios de mediana altura intelectual del libro) lo salpimentan y le dan un sabor de época inconfundible. Del fundador del Partido Nacionalista Ibérico son las notas que pretenden hermanar a Costa con Ricardo Macías Picavea: “ambos [son] los precursores del *Nacionalismo* de que nosotros hemos hecho nuestra bandera espiritual” (pág. 191; el subrayado es de Olmet). Ese *nosotros* delata a un marqués de Dosfuentes que se jactaba de llamarse a sí mismo “ibero atávico”. Y también lo hacen estos exabruptos: “como el liberalismo del siglo XIX no es otra cosa que la última evolución del despotismo, creemos que queda explicado cómo Costa es reclamado al mismo tiempo por los llamados tradicionalistas, por los carlistas y por los republicanos, por los librepensadores, por los absolutistas y por los revolucionarios. Costa, empero, no pertenece a ninguno de esos dos partidos políticos, de esos dos bandos de ideas y principios. Los españoles auténticos, los nacionales, pueden y deben reclamarlo como suyo” (págs. 224-225); y es que, claro, Costa “se hizo republicano en un momento de desesperación” (pág. 241), porque “los republicanos [son] meros vividores de la política, salvo excepción personal sin trascendencia” (pág. 247). Con estas interesadas opiniones, ya no de un vividor *ex datista* sino de un

fervoroso y convencido precursor del grupo de *Acción Española*, no extraña que el principal propósito de la biografía de Manuel Ciges Aparicio, *Costa, el gran fracasado* (1930), fuera precisamente el contrario, el de proyectar un sentido republicano insobornable paralelo a la evolución ideológica de Joaquín Costa desde sus inicios hasta su muerte.

El de Ciges resultaría trece años más tarde un libro infinitamente mejor escrito pero tal vez menos *interesante* que el de Olmet, editado el de Ciges, además, en las vísperas de que *el error Aznar*, el del suegro de Luis Antón del Olmet, hubiera de jalonar el tránsito inexorable de la monarquía a la república. La biografía de Olmet, leída desde la distancia de casi una centuria, hizo más daño que bien a la fama de Costa. Pergeñado por un bullebulle del periodismo y de la política entendida como oportunidad para el medro, y a la sombra, más severa y amenazante, de un marqués de Dosfuentes embargado por sus delirios iberistas, el volumen de 1917 habría de consagrar la figura del Costa más melodramático, anecdótico y hasta *faceto*, mientras escondía, por ejemplo, al Costa republicano radical (con su eterna tentación cromwelliana); pero, más allá de distingos ideológicos, quizá el peor legado de este libro consiste tanto en la canonización del Costa mutado en catequista, con su centón de eslóganes o frases célebres descontextualizadas bajo el brazo, como, en fin, la desnaturalización histórica de un personaje tan decimonónico mediante el troceo inmisericorde de su vida y obra en compartimentos estancos (Costa jurista, Costa geógrafo, Costa tal, Costa cual...). Hasta Cheyne, y aun después de la aparición de su biografía y estudio bibliográfico ejemplares, son perceptibles las consecuencias de tales hábitos.

Es necesaria y bienvenida, por tanto, esta reedición del volumen X de *Los grandes españoles* sólo sea para revisar de una vez por todas el cómo y el por qué de la construcción de un Costa monumental y pintoresco, disgregado en facetas y sujeto siempre a interpretaciones

parciales, alejadas las más de las veces de una mínima consideración histórica. Sucedió en los años fundacionales de este proceso de tipificación, como hemos podido comprobar en una biografía, esta de 1917 (escrita en realidad no sólo por Luis Antón del Olmet, sino también por su hermano Fernando), que en puridad debe considerarse como una de las *perlas* de la *cultura di destra* española del periodo de entreguerras, al lado de *El alma nacional* y los *Himnos iberos* del marqués de Dosfuentes.